

—No me hables sobre eso por Dios, Don Pablo, porque no hace mucho tiempo que me confesé y hasta ayer recibí comunión.

—¿Qué raspadura? a ver la lengua!

—No te enojés! Me sigo tahir, he sido borracho, he maldecido, he mal vivido; todo el mundo lo sabe; pero hace ocho días he comprendido que de veras no habla más camino que el de obedecerle a Dios.

Con ese viento que no pesa, mira como Él puede derribar aun arboles del tamaño de éste que nos ataja en este momento y nos grita: «Hoy a mí, mañana a ti.»

—Basta, basta que me vienes predicando más largo que sermón de esclavación. Por lo que a mí toca, he dejado todas esas fulleras con las faldas de los curas.

—Sin embargo de esas faldas, cortabas a menudo y para todo. . . .

—Sí, pero hay tiempo para todo también; con el cura rezando. . . .

—Y con el diablo pecando!

—Eso es! Hoy estoy independiente, viva la vida alegre! Lo que gano me lo tomo y visito a quien se me antoja visitar, canto, grito, blasfemo . . . y véis, salimos iguales de mojados y sucios.

—Pablito, yo soy viejo! no he estudiado como tú. De la doctrina, sólo sé lo que enseñó mi tía y por esta razón tengo confianza en Dios y María Santísima que toda mi mala vida ha sido perdonada ya.

—Ala! Pedrucho, aquí está el río! déjate de predicaciones. Yo también creo en Dios; pero quiero vivir! . . .

Además, te lo digo pasito, les tengo miedo a los demás, sobre todo al capataz del Hato.

A lo que esté para morir, cuando ya no haya peligro que llegue a

ensillar un burro siquiera, entonces, llamo al Cura; con él me confieso y de una vez le vacio el costal.

—Es negocio arriesgado, cuando por otra parte, el costal. . . .

—Está casi vacío!

—Vacío!, con tres años sin confesión, sin comunión y con tantas MONAS como cargas de día y de de noche!

—No averigües vidas ajenas, hombre! que nadie sabe. . . .

—¿Cómo no voy a saber que antes te alzaron en brazos y que no hace un mes levantaron de pila a un pillo que se te parece. . . .

—Déjate de indirectas, hombre! . . . Ya estamos cerca a esa culebra de caño. . . . Nos echamos?

—Vamos con la Virgen, Pablo!

—Con los diab.

Rrruunn! . . . Rrruunn! . . . Rrruumm!

Al otro día había dos cuerpos sobre una playa: uno era de un hombre canoso y el otro era de joven. Uno murió asiendo un escapulario y el otro tascando una cabuya.

La tempestad que había reanudado su concierto trágico y lúgubre hacía mover las ramas de la selva vecina; aquellas parecían arrodillarse ante el primero, y luego, como horrorizadas, se retiraban al tocar la frente del segundo.

Esta historia, no es la de nadie; ha sido y es la de muchos.

M. D. M.

CRONICA

—EL ALMOTACEN de Villaviciencio ha sido rematado por \$ 875, para el presente año.

—LA JUNTA INTENDENCIAL del Centenario se instaló el lunes, siete

inmediatamente como se pliegan las hojas al leve contacto de una brisa.

Un largo y prolongado suspiro la hizo estremecer y como se sintiese sostenida por alguien volvió a mirar lentamente hacia atrás. Al ver a Elías le tomó una mano que le estrechó con suavidad, cerró los ojos dejando escapar dos hilos de lágrimas que rodaron por sus mejillas encandecidas y no pudiendo sostener la cabeza recta la dejó resbalar sobre el pecho del joven.

La palidez empezó a llegar cubriéndola lentamente, como pasa la sombra de una nube en la llanura, la boca se entreabrió y los ojos medio abiertos empezaron a perder el brillo.

Se muere! dijo el Cura saliendo precipitadamente. Cuando volvió a entrar con una estola puesta, traía en una mano una anfora de plata y en la otra un breviario.

Todas las gentes que había en la

de los corrientes a las 11. a. m. en el salón de la Intendencia.

—Acordóse solicitar para la digna celebración de los festejos: la cooperación de la autoridad eclesiástica, de la Inspección Escolar y en general la de todos los particulares.

—Resolvió la presidencia, excitar a las demás corporaciones municipales del Territorio a tomar desde ahora medidas eficaces para los mismos fines.

—En fin, con unanimidad de votos, se aprobaron medidas que si las atiende el público, colmarán los deseos de la «Sociedad de Agricultores de Colombia».

—Avisaremos al público de cuanto ocurra y pueda interesarlo.

—Los dignatarios de la Junta son los Sres. Francisco Arango U. Presidente, Mauricio Hernández vice-presidente y Angel María Rubio Secretario.

Vocat.

Carta de Tunja

Tunja 27 de marzo de 1919.

Nos escriben. . . . «En esta tierra el verano está muy fuerte; las cosechas se perderán. La papa se heló y el maíz por falta del agua se está torciendo donde nació y en otras partes no nació. El trigo sembrado no ha nacido; se cree que éste aun cuando llueva no nacé por lo que ya está dañado debajo de tierra y los que no han sembrado, están miedosos de hacerlo mas tarde por lo que ya se está pasando el tiempo y no pudieron acabar de arreglar las tierras. Los pastos se han agotado, y se presume que la mortandad de animales será muy grande, y el hambre aterradora. Los ríos: se nota diariamente la escasez de agua. En resumen, reina en esta región, una tranquilidad grandísima y la plaza diariamente sube.»

P. D. . . . «La Asamblea resolvió que no hubiera Centenario sino que el dinero destinado para atender a esos gastos se invirtiera en la construcción de la carretera del Carare, única

casa entraron menos las de la familia y luego que el sacerdote empezó a rezar las oraciones para aplicarle el último sacramento se hincaron con religioso temor.

La palidez y decadencia empezaron a hacerse más notables y entonces dijo el Cura con voz solemne; —Creo en Dios Padre!

Los circunstantes rezaron el credo entre sollozos mal comprimidos. El pálido claro de una buja bendita tan presto alumbraba las lágrimas que se desprendían de los ojos de los circunstantes, como la moribunda faz de la enferma.

Un nuevo acceso la hizo incorporar nuevamente y entreabrir los ojos que fijó con ternura en el sacerdote. Este aprovechó la oportunidad para ponerle entre las manos un Crucifijo pequeño que ella estrechó contra su pecho con desesperación.

Miró a todas partes con ansiedad, buscó entre el grupo de personas

FOLLETIN DE «ECO DE ORIENTE»

RUTH.

Por José David Guarín

El joven la incorporó metiendo los brazos por debajo de la espalda y luego sentándose en la cabecera, la dejó apoyar contra su pecho sosteniéndola por los hombros. En esta actitud pareció reponerse de la fatiga y pudo observar con atención escrutadora al señor Cura. Después, como si dudase de aquello paseó su mirada por todas partes y sonrió tan débilmente que apenas se notó la ligera contracción de los labios.

—Ruth! Ruth, mi hija! Qué siente? le decía el Cura con cariño paternal y a cada llamamiento medio abría los ojos y volvía a dejarlos cerrados